

Sermón del 22 de junio, 2014

Por Caleb Yoder, Iglesia Menonita de Calderón

Tema: "Palabras honestas"

Textos: Jeremías 20:7-13, Salmo 69:7-18, Romanos 6:1-11, Mateo 10:24-39

Jeremías el profeta ha recibido una palabra de Dios advirtiéndole sobre la destrucción de Jerusalén a las manos de los babilonios, pero el pueblo no cree. La palabra que Jeremías recibe de Dios, le advierte al pueblo que la única forma de salvarse la vida es salir de la ciudad y rendirse a los babilonios.

Es difícil entender por qué pasa un evento tan traumático como la destrucción de Jerusalén. Lo que podemos ver es que Dios a través de Jeremías advierte al pueblo. Tal vez si la gente le hubiera hecho caso a Jeremías, muchos se habrían salvado. Además Jeremías entendía el próximo exilio de muchos del pueblo como un castigo por la infidelidad del pueblo.

Babilonia se hizo un imperio igual que el de los españoles y empezaron a conquistar los países vecinos así como los españoles llegaron a América Latina a conquistar. La estrategia que tenían después de destruir la ciudad de Jerusalén era llevar a todas las personas ricas o importantes del pueblo de Judá como cautivos. Dejaron en la tierra a los pobres que no tenían nada. Pero en todo caso los Babilonios no eran gente bondadosa o misericordiosa. Sólo tenían el motivo de conquistar y dominar.

El trabajo de Jeremías era proclamar la destrucción de Jerusalén. Eso no era un mensaje popular. Claro que somos una iglesia de paz, pero la Biblia nos ayuda ver que la proclamación de paz no puede ser ciega. No podemos decir que hay paz cuando no la hay. En este caso, Jeremías sabía que no había porque guerrear contra los babilonios. Solo iba a hacer peor la situación.

Hoy día los científicos dicen que estamos ante una crisis climática. Si los países no actúan pronto, vamos a sufrir mucha inestabilidad climática en los próximos 30 o 50 años, sequías, tormentas, calores y fríos extremos como resultado de la contaminación del medio ambiente que hemos hecho los seres humanos. En este caso no se trata tanto de una palabra relevada de Dios sino un descubrimiento científico. Pero de todas formas, no es un mensaje agradable, ni popular. Por eso vemos muy poca respuesta, porque nadie quiere enfrentar esta situación. Lo mismo pasaba en los días de Jeremías. Jeremías daba un mensaje poco popular y por eso las autoridades del pueblo de Judá hicieron lo posible para callar a Jeremías.

Jeremías enfrenta mucha persecución. Lo azotaron, lo golpearon y después lo metieron en un cepo en una plaza pública. Es en este momento que Jeremías pronuncia las palabras amargas que leímos hoy y que voy a repetir ahora.

"Todos los días se me ofende; todo el mundo se burla de mí. 8 Cada vez que hablo, levanto la voz y grito «¡Violencia! ¡Destrucción!» No hay día, Señor, en que tu palabra no sea para mí motivo de afrenta y de escarnio. 9 Me había propuesto

no pensar más en ti, ni hablar más en tu nombre, ¡pero en mi corazón se prendía un fuego ardiente que me calaba hasta los huesos! Traté de soportarlo, pero no pude. 10 Muchos murmuran, y puedo oír que dicen: «¡Denunciémoslo! ¡Denunciemos al que grita “Terror por todas partes”!» Todos mis amigos esperan verme claudicar."

Jeremías recibió un empleo de Dios. Su profesión es ser profeta. Escuchó el llamado del Señor y acudió. Sabía que su vocación era difícil, pero no aclaró el salario con el Señor. Ahora se da cuenta que el cepo es el salario y está amargo. Pronuncia las palabras que el Señor le da, y la gente no hace caso. Sólo encuentra resistencia, rechazo y odio. "Me engañaste" le dice Jeremías a Dios. ¡Yo pensé que este trabajo iba a ser diferente!

Jeremías no tiene una crisis de fe, sino una crisis de vocación; Jeremías no duda del cumplimiento de la palabra. La Palabra no engaña. Su queja es que su vocación como profeta sólo le trae sufrimiento. No estaba preparado para la persecución que la palabra le trae. Al llamarlo a ser profeta, siente que Dios lo engañó. Y le parece que Dios no lo ha librado de sus opositores como prometió al inicio. Lo peor es que la gente en vez de responder sólo se ríe de él.

Jeremías se siente atrapado. No tiene una salida. Cómo quisiera tener unos días de vacaciones, pero no puede. Si deja de hablar, la palabra de Dios arde en su corazón. Lo tormenta si no la anuncia. La Palabra siempre prevalece, siempre sale. Por eso dice que Dios es más fuerte. Podríamos decir que Jeremías sabe que no puede ser otra cosa que profeta. Sigue sintiendo el llamado de Dios y no él mismo no se podría permitir hacer otra cosa.

Hay un nombre para palabras así en la Biblia. Se llama lamento. Al leer estas palabras fuertes de Jeremías nos podemos escandalizar un poco. En la mayoría de las iglesias nos enseñan que no debemos hablarle así a Dios. Debemos siempre expresarle agradecimiento y alabanza. ¿Cómo puede Jeremías cuestionar a Dios? ¿Cómo puede hablarle con palabras tan fuertes? ¿Será que Jeremías está perdiendo su fe, claudicando?

De hecho, no. No es eso. Algunos de ustedes han observado que es mejor en una relación expresar libremente como uno se siente en vez de reprimir o esconder los sentimientos. Hay que decir como se siente frente a la persona. En este caso, es la relación que Jeremías tiene con Dios quien lo llamó a este trabajo y le da la palabra. Jeremías habla frente a Dios. También el mismo pueblo tendrá la oportunidad de ver estas palabras una vez que se haga un rollo del libro de Jeremías y lo tomarán como una oportunidad de arrepentirse.

¿Cuál es el problema para Jeremías? El problema es que la gente no le ha hecho caso y lo están persiguiendo. Buscan atraparlo, callarlo, incluso matarlo. Tal vez Jeremías siente dolor por la destrucción de la ciudad, pero lo que pide de Dios es una venganza para sus opositores que no creyeron la palabra. Hay que recordar que Jeremías no es un hombre violento. Nunca mata a nadie. Más bien deja esa situación en las manos de Dios, confiando en que Dios está con él y lo protegerá.

No es la primera vez que Jeremías hace una pausa de su trabajo profético para dar un lamento.

Unos capítulos antes dijo: “¿Por qué mi dolor no tiene fin, ni mi desahuciada herida admite ser sanada? ¿Seguirás siendo para mí tan ilusorio como las aguas de un espejismo?”

Lo que aprendemos es que podemos expresar con libertad nuestros sentimientos delante de Dios, porque Dios desea una relación auténtica de nosotros. Dios no se va a asustar con nuestras palabras de lamento, porque Dios ya sabe lo que tenemos en nuestros corazones. Peor sería una oración superficial que se diga casi como una mentira.

Los lamentos son muy comunes en la Biblia. Lo que pasa es que muchos cristianos no saben que están allí y se sorprenden al descubrir palabras tan fuertes.

En el caso del lamento de Jeremías parece que ha terminado con las palabras angustiadas y empieza a adorar a Dios. Pero si leemos más allá de la lectura de esta mañana, siguen palabras más duras todavía:

14 ¡Pero maldito sea el día en que nací!
¡Maldito el día en que mi madre me dio a luz!
15 ¡Maldito aquel que le anunció a mi padre
«¡Felicidades! ¡Ya tienes un varoncito!»
16 ¡Que sea ese hombre como las ciudades
que el Señor destruyó sin misericordia!
¡Que en la mañana y al mediodía
oiga gritos que le anuncien el peligro!
17 Si el Señor no me hubiera dejado nacer,
mi madre habría sido mi sepulcro;
¡me habría quedado en su vientre para siempre!
18 ¿Para qué salí del vientre?
¿Sólo para ver trabajos y penurias,
y para pasar mi vida en medio de afrentas?

Qué tremendas estas palabras. La única otra persona bíblica que maldice su día así es Job, a que sepa yo. Imagínense si naciera el bebé de Oscar y Catherine -- Ostin -- y Leider llama a todos los amigos para darles las buenas noticias. Y cuando está grande y pasa un momento difícil, Ostin hasta maldice a Leider sólo por haberse alegrado aquel día.

Es que otra vez Jeremías descarga el dolor que siente. El pasado es el pasado. Ya nació, ya está aquí, ahora tiene su vocación. Jeremías desea regresar al vientre pero aquí está y el Señor lo tiene aquí por algo.

Jeremías seguirá trabajando como antes con otra palabra del Señor. Si siguiéramos leyendo, veríamos otras palabras no tan agradables.

No sabemos mucho de los últimos días de Jeremías. Las últimas noticias que tenemos es que le advierte a la gente que se queda en la tierra después de la conquista que no se vayan. Otra vez la gente no hace caso. Van para Egipto y llevan forzosamente a Jeremías también. Eso es lo

último que sabemos de Jeremías. Pero las generaciones venideras siempre han tenido el libro de Jeremías. El Señor siempre estuvo con él. Sin su trabajo, a nuestras Biblias les faltarían un libro.

La Biblia nunca nos promete que servir a Dios será fácil. Podemos pensar que las vocaciones difíciles son solamente para discípulos grandes e importantes, no para cualquier cristiano. Es cierto que Dios le llama a cada uno o una a una vocación diferente. Cada persona tendrá experiencias diferentes, y podemos dar gracias que no siempre pasarán cosas feas. Pero cada vocación es un reto. Dios nos cree dignos de hacer trabajos pesados. Cree en nosotros más de lo que nosotros creemos en nosotros mismos.

Así también podemos tener confianza en Dios cuando estamos en un momento difícil. Confiar en Dios no significa que tengamos control de nuestras vidas, sino que aceptamos que no tenemos control.

En su lamento Jeremías recuerda que el Señor está con él y eso lo debemos recordar también. Dios nos ama y obra a través de nuestra oración. Lloro también con nosotros cuando sufrimos, pero además nos fortalece para cumplir las vocaciones que él nos da. El amor leal de Dios y su fidelidad no cambia.

Además como dije, tenemos la libertad para expresar lo que sentimos delante de Dios, hasta lenguaje acusatorio. Dios no se va a ofender. Pero después de lamentar, hay que echarnos para adelante.